

La rivalidad argentino-norteamericana y la Guerra del Chaco: una historia de confrontación y desconfianza. Un análisis de sus relaciones bilaterales en el marco de las negociaciones de paz de la mayor contienda armada sudamericana del siglo XX.¹

The Argentinian-North American rivalry and the Chaco War: a history of confrontation and distrust. An analysis of their bilateral relationship in the context of the negotiation for the peace of the major South-American war during the 20th Century.

Maximiliano Zuccarino y Gerardo Ariel Vilar

RESUMEN: el presente artículo tiene por objetivo determinar en qué medida los alineamientos internacionales coyunturales y la relación históricamente confrontativa entre Argentina y Estados Unidos influyeron en la Guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia en la década de 1930, la cual, dada su complejidad, permite vislumbrar los distintos intereses económicos, políticos y diplomáticos en juego que subyacen, no solo tras el mencionado conflicto armado, sino incluso durante y posterior a las negociaciones de paz del mismo.

PALABRAS CLAVE: Guerra del Chaco, relación argentino- británico-norteamericana, Política interamericana durante los años '30, rivalidades regionales.

1 Tesis doctoral en curso: Zuccarino, Maximiliano, "La posición argentina ante la Guerra del Chaco (1932-1935). Variables internas y externas como condicionantes de la política exterior". Proyecto de investigación en el marco del Centro de Estudios Interdisciplinarios en Problemáticas Internacionales y Locales (CEIPIL), Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, titulado "Argentina: Diseño e implementación de políticas públicas de inserción internacional. Actores e Instituciones", Cod. Programa de Incentivos – UNCPBA 03/ D232. Director: Dra. Sandra S. Colombo (Investigador Cat. II).

ABSTRACT: this article has the aim of determine how the temporary international alignments and the historically confrontative relationship between Argentina and the United States influenced Chaco War between Paraguay and Bolivia in the 1930 decade, which, given its complexity, allows to discern the different economical, political and diplomatical interests involved that underlie, not only behind the mentioned war, but also during and after peace negotiations.

KEY WORDS: Chaco War, argentinian-british-north american relationship, Inter-american policy during the thirties, Regional rivalries

La región del Chaco como centro de interés regional: historia de un conflicto.

La Guerra del Chaco, el conflicto armado latinoamericano más sangriento del siglo pasado, que enfrentó a las Repúblicas del Paraguay y Bolivia entre 1932-1935, significó un momento crucial en la historia de ambas naciones. Las pérdidas humanas fueron sensibles (las cifras estimadas son de unos cien mil muertos, muchos más del lado boliviano que paraguayos), y el esfuerzo de guerra implicó llevar al límite de la extenuación sus capacidades materiales. Por ello, las consecuencias de la guerra para unos y otros, más allá de culminar Paraguay como vencedor en el campo de batalla y de cómo se desarrollaron las negociaciones de paz posteriores, permiten aseverar que tanto paraguayos como bolivianos salieron perdedores.

Rivalidad entre ambos países, a decir verdad, nunca existió. Como es natural, a lo largo de la historia, hubo desacuerdos respecto a cuestiones limítrofes e incluso la propia región del Chaco Boreal fue objeto de disputas, cuya lógica era la siguiente: usualmente los bolivianos se adentraban en territorio chaqueño a través de la construcción de fortines, esporádicamente los paraguayos protestaban por ese accionar y, en respuesta, no deseando provocar una guerra que ninguno de los dos países estaba en condiciones de costear, Bolivia accedía a celebrar una conferencia diplomática, cuyos términos eran nuevamente violados por el avance de los propios bolivianos (Bethell, 2000:150-151).

Pero en esta ocasión fue diferente. Y lo fue por diversos aspectos, que van desde cuestiones internas, como la complicada situación

económica y política reinante en Bolivia y la creciente necesidad de sus gobernantes de legitimarse ante su pueblo y de reivindicar el honor nacional a través de un triunfo militar ante el único vecino al que consideraban podrían vencer, tal como sostenía antes de la guerra su Presidente, Daniel Salamanca²; pasando por genuinas necesidades geoestratégicas (aquí resulta determinante la pérdida de la salida al mar por parte de Bolivia tras finalizar la Guerra del Pacífico ante Chile, allá por 1884, y la consiguiente necesidad de buscar una salida atlántica, vía río Paraguay); hasta aspectos externos a los propios países enfrentados, siendo la versión más popularmente difundida la de la intromisión de importantes petroleras multinacionales (la Standard Oil of New Jersey, de capitales norteamericanos, operante en Bolivia, y la Royal Dutch-Shell, de capitales anglo-holandeses, posicionada en el Paraguay), que habrían instigado el conflicto armado. Pero eso no fue todo: la injerencia de potencias extranjeras también jugó su papel. Tanto Brasil como Argentina, en tanto países predominantes en la región, tuvieron una incidencia importante y perseguían sus propios intereses en torno a la cuestión. Y, lógicamente, Estados Unidos, en su rol de principal potencia hemisférica, también decidió jugar sus cartas.

En cuanto a la Argentina, sus principales intereses estaban centrados en el Paraguay, multiplicados a partir de una penetración pacífica en su economía desde el fin de la Guerra del Paraguay (1865-1870). Para citar algunas cifras, en vísperas del estallido de la Primera Guerra Mundial, 68 compañías anglo-argentinas poseían 10 millones de hectáreas en el Chaco Boreal dedicadas a la explotación ganadera y maderera y los primeros frigoríficos funcionaban como simple prolongación de los existentes en Argentina, país que ya acaparaba el 90% del comercio exterior. Por si esto fuera poco, Paraguay era tributario de la bandera argentina y de sus aguas cuando se trataba de entrar o salir de él (Solveira, 1995: 64-65). Esto explica por qué, a la hora de un eventual enfrentamiento entre bolivianos y paraguayos, la Argentina se inclinaría por defender los intereses de estos últimos.

No obstante ese predominio argentino, Brasil nunca cejó en su empeño de intentar atraer hacia su esfera de influencia al país guaraní, ya desde la inmediata posguerra del Paraguay y, muy especialmente, durante el conflicto chaqueño y las negociaciones de paz posteriores, haciendo

2 Véase Hernández, 2004.

las veces de punta de lanza de los intereses de los Estados Unidos en el conflicto y en la región. El país norteamericano, por su parte, gozaba de una situación de privilegio en Bolivia, no solo por la presencia allí de la Standard Oil, la cual tenía una influencia desmesurada sobre el gobierno de La Paz, sino también por el grado de dependencia al que la tenía sometida: además de haberse constituido en su mayor fuente de capitales, desplazando a las inversiones británicas, controlaba una porción importante del sistema financiero y gran parte de la obra pública estaba bajo control de empresas estadounidenses (Alamaráz, 1958:73). El denominado préstamo “Nicolaus” instituyó un control directo por parte de Estados Unidos sobre los servicios tributarios bolivianos y, finalmente, en 1928 y tras nuevos créditos de la banca de ese país, el gobierno de Bolivia adoptó reformas propuestas por la comisión norteamericana Kemerer (Bethell, 2000: 223-224).

El “triángulo” argentino-británico-norteamericano y la pugna por la hegemonía hemisférica.

Se deduce, tras lo expuesto, que los intereses argentinos y norteamericanos en torno a la cuestión del Chaco no eran precisamente coincidentes, lo cual derivaría en una sorda pugna entre ambas naciones por el control de la situación. Pero para entender mejor ese juego de intereses cruzados es preciso remontarse en el tiempo, puesto que no se trataba de una rivalidad circunstancial, dictada por la coyuntura del Chaco, sino que la misma venía de varias décadas atrás. Las pretensiones norteamericanas de organizar un sistema panamericano bajo su égida había sido el origen del conflicto entre ambas naciones, puntualmente la Conferencia de Washington de 1889, en la que el país del norte se dedicó a promover una unión aduanera continental con el objetivo de horadar la hegemonía inglesa y europea en Sudamérica. Ante esta situación, la élite argentina optó por proteger sus vínculos privilegiados con el viejo continente en general y con Gran Bretaña en particular, dando forma a lo que sería su línea de actuación en materia de política exterior (Rapoport y Spiguel, 2005:18).

Así, del mismo modo en que se ha adjudicado a Brasil el mote de “punta de lanza” de los Estados Unidos en América del Sur, lo mismo cabría decir respecto de Argentina en relación a los intereses británicos. De esta manera, la rivalidad entre brasileños y argentinos no sería más que una puja regional, con el verdadero telón de fondo de la competencia anglo-norteamericana; lo cual no impidió, sin embargo, que la situación haya derivado en una confrontación prolongada y directa entre los Estados Unidos y la Argentina, más allá de si la postura de esta última era funcional a los intereses británicos o si respondía, como aseguraban muchos norteamericanos, a los deseos de la dirigencia del Plata de instaurar un dominio regional que compitiera con las aspiraciones hemisféricas estadounidenses. De ser así, la lógica sería la inversa: la Argentina se aprovecharía de sus fuertes vínculos con Gran Bretaña para apuntalar sus propios sueños de dominio continental, para lo cual los Estados Unidos representaban el principal obstáculo a sortear. Así, la sistemática oposición argentina a los planes norteamericanos desde fines del siglo XIX puede ser analizada tanto como una expresión de desafiante autonomía nacional o, por el contrario, como una clara muestra de alineación automática a los intereses británicos, lo cual es mucho más probable.

En definitiva, lo cierto es que las disputas argentino-norteamericanas iniciadas en 1889 alcanzarían un nuevo punto de relieve en 1902, con motivo del bombardeo de las costas venezolanas por parte de potencias europeas acreedoras que pretendían de ese modo cobrar la deuda externa del país sudamericano. En respuesta a ello surgió la conocida “Doctrina Drago”, que encontró expresión en una comunicación (a modo de advertencia) del entonces Canciller argentino, Luis María Drago, a la Casa Blanca, en la que ponía de manifiesto la ilegitimidad del empleo de la fuerza para el cobro de las deudas. Así, nuevamente, la Argentina procuraba atemperar el expansionismo estadounidense en América Latina. Esta actitud se vería ratificada con la neutralidad argentina en la Primera Guerra Mundial y la organización por parte del Presidente Yrigoyen de un congreso continental de países neutrales, todo lo cual desafiaba abiertamente la campaña pro-beligierancia encarada, tras su ingreso en la contienda, por los Estados Unidos, que se dedicaron entonces a frustrar esta iniciativa argentina.

Mientras tanto, la existencia de estrechas relaciones con Gran Bretaña por parte de la clase terrateniente y ganadera argentina era una consecuencia lógica de la “feliz” asociación de intereses entre

esa oligarquía vacuna y el poder industrial y financiero de la *City*: en vísperas de la Primera Guerra Mundial Gran Bretaña predominaba claramente en el comercio argentino de exportación e importación, y sus capitales representaban casi un 60% de la inversión extranjera en el país, monopolizando el sistema de transportes interno y marítimo, y gran parte del sector industrial, de los servicios públicos, del comercio y de las finanzas. Sobre esta base se tejía la trama más sutil de las relaciones políticas y diplomáticas (Rapoport, 1988:12).

En este contexto, no es difícil comprender que las clases dirigentes argentinas se inclinaban por Gran Bretaña y no por los cada vez más agresivos estadounidenses, que gradualmente estaban reemplazando al país europeo como principal potencia mundial. No obstante, a pesar de este cambio de situación, la Argentina siguió aferrada a su histórico vínculo británico:

Aun cuando hacia 1920 las relaciones comerciales y económicas con los Estados Unidos se estrecharon en forma notable y ese país llegó a ser el primer proveedor de la Argentina y su principal financista (dando lugar a lo que se denominó “comercio triangular” entre la Argentina, los Estados Unidos e Inglaterra, que expresaba en verdad la rivalidad anglo-norteamericana por los mercados argentinos), la situación no desembocó, como podía preverse y como sucedió con otras naciones del continente, en la incorporación de la Argentina a la esfera de influencia estadounidense. Las economías de ambos países no eran complementarias sino competitivas y las altas barreras aduaneras y un embargo de las carnes argentinas por presuntas razones sanitarias en 1926, impidieron la colocación de los productos agropecuarios locales en el mercado norteamericano creando un fuerte malestar entre los ganaderos y otros sectores internos influyentes, que levantaron el lema “comprar a quien nos compre”, e iniciaron una campaña que culminaría en el conocido Pacto Roca-Runciman³ y en un nuevo fortalecimiento de los lazos económicos con el Reino Unido (Rapoport, 1988:10-11).

3 Acuerdo comercial argentino-británico signado en 1933, surgido tras la Conferencia de Ottawa en la que Gran Bretaña se comprometió a reducir sus importaciones de carne de la Argentina para dar preferencia a las provenientes del Commonwealth. Los hacendados y dirigentes del país del Plata, sumamente afectados por tal decisión, acordaron el envío de una misión diplomática a Inglaterra para negociar la mantención de la cuota de exportaciones de carne. El arreglo llegó, pero no sin menoscabo del honor argentino, al estipular el acuerdo numerosas concesiones y preferencias a las exportaciones y capitales británicos.

Este es, pues, el panorama político y económico en que se hallaba la relación argentino-estadounidense al finalizar los años '20, momento clave en la cuestión del Chaco. La disputa entre ambos países se agudizaría en los dos aspectos mencionados en los años siguientes. En lo económico, como se ha señalado, tras las crisis de 1929 la Argentina reafirmaría su "vínculo especial" con Gran Bretaña, lo cual implicó una disminución brusca de las importaciones norteamericanas. Asimismo, en cuestiones políticas y diplomáticas el desafío argentino a los planes norteamericanos fue cada vez más abierto. Esto se vio reflejado en la sistemática oposición por parte del país sudamericano a la estrategia panamericana de la potencia del norte en la mayoría de las reuniones continentales hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, "pero la debilidad creciente de su resistencia reflejaba demasiado bien la decadencia inexorable del influjo británico, incapaz ya de rivalizar abiertamente con el estadounidense" (Halperín Donghi, 1980:371).

En este contexto, la lucha por la conducción de las negociaciones de paz en la cuestión del Chaco Boreal debe ser interpretada como un episodio más en esta sucesión de confrontaciones argentino-norteamericanas. Quizás el contrapunto más destacado haya tenido lugar en 1936, cuando el Presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt propuso al gobierno argentino la realización de una Conferencia Interamericana para el Mantenimiento de la Paz, la cual tuvo lugar en Buenos Aires, en diciembre del mencionado año. En ella, Roosevelt insistió en la unidad continental y en la necesidad de que los países americanos adoptasen mecanismos de consulta para su defensa común. Pero el entonces presidente argentino Agustín P. Justo (1932-1938) y su Canciller, Carlos Saavedra Lamas, fueron reacios a apoyar estas propuestas, sosteniendo en cambio la necesidad de respetar los mecanismos de la Sociedad de las Naciones (Rapoport, Madrid, Musacchio y Vicente 2000:228), organización eminentemente europea y en la que los Estados Unidos no participaban. No obstante esta negativa, Justo seguía con especial interés la política reformista de Roosevelt (Sáenz Quesada, 2001:508), uno de cuyos aspectos más trascendentes, en lo que concierne a las relaciones interamericanas, fue la denominada "política del buen vecino".

Pragmática, oportuna y audaz, la "buena vecindad", como visión de las relaciones interamericanas tenía la ventaja de que dejaba de lado los aspectos menos gratos del intervencionismo tradicional y sabía adaptarse a las nuevas exigencias de la expansión norteamericana en una Améri-

ca Latina preñada de aspiraciones nacionalistas (Mayo, Andino y García Molina, 1983:63).

Quizás este nuevo clima de solidaridad continental que manaba desde el norte, junto con un aparente menor encono hacia Norteamérica profesado por el Presidente Justo, hayan posibilitado la existencia de algunos periodos de distensión en las relaciones político-diplomáticas bilaterales durante su gobierno, lo cual despertó ciertos recelos en el Brasil. Ejemplo de ello fue la Conferencia Panamericana de Montevideo de 1933, la cual dejó como saldo un tratado de no agresión y conciliación⁴, de iniciativa argentina, que recibió un inesperado apoyo de los Estados Unidos, a cambio del cual el Secretario de Estado norteamericano, Cordell Hull, logró evitar una condena masiva al proteccionismo aduanero de su país (Halperín Donghi, 1980:371). Pero ese acercamiento coyuntural sería un oasis en el desierto. Argentina y los Estados Unidos, como se ha visto, volverían a rivalizar.

Un nuevo eslabón en la rivalidad argentino-norteamericana: las negociaciones por la paz en el Chaco Boreal.

Los intentos argentinos por mediar en la disputa limítrofe entre paraguayos y bolivianos se remontan hacia fines del siglo XIX y principios del XX a partir de la celebración de reiteradas negociaciones y tratados bilaterales entre los países implicados bajo los auspicios del país del Plata, los cuales continuaron incluso bajo las administraciones radicales de Alvear e Yrigoyen en la década del '20. Una vez caído el gobierno de este último, el Presidente *de facto* José Félix Uriburu también se interesó por encontrar una salida pacífica al diferendo, pero la desconfianza boliviana hacia Argentina dio por tierra con todo esfuerzo mediador. Se sucedieron, luego, múltiples intentos regionales fallidos por resolver el diferendo, así como también el envío de una comisión por parte de la Sociedad de las Naciones, en 1934. Pero para comprender la resolución final, la cual comenzó a perfilarse en 1935, es necesario remontarse a fines del año 1928, momento en que, al atacar fuerzas paraguayas el boliviano Fortín Vanguardia, se rompieron las relaciones diplomáticas entre Bolivia y Pa-

4 Se trata del famoso Pacto Antibélico por el cual, posteriormente, Saavedra Lamas obtendría el primer Premio Nobel de la Paz en ser otorgado a un latinoamericano.

raguay, y este último llamó a una movilización general de su ejército. En ese preciso momento estaba reunida en Washington la Conferencia Americana de Conciliación y Arbitraje, la cual inmediatamente se ofreció a interceder para evitar que el conflicto desembocase en acciones bélicas (Solveira, 1995:51-57). Ante esta iniciativa,

(...) pronto se evidenció la renuencia argentina a participar (...) (en tanto se trataba de) un esfuerzo multilateral liderado por el gobierno norteamericano. Originalmente la Comisión de Neutrales constituida en dicha Conferencia para ocuparse del problema del Chaco debía estar integrada por la Argentina, Brasil, Cuba, Uruguay y Estados Unidos, pero el gobierno argentino declinó participar de la Conferencia. Las autoridades de Brasil también rehusaron sumarse a la reunión. Como resultado (...) la Comisión de Neutrales estuvo integrada por cinco países no limítrofes de las partes en pugna -Estados Unidos, Colombia, Cuba, México y Uruguay (Escudé, 2000).

La solución propuesta por dicha comisión fue rechazada por el Paraguay debido a que afectaba sus intereses fundamentales (Levene, 1949:332). En realidad, no es difícil suponer que detrás de la negativa paraguaya se hallaba la influencia de quien sería su máximo aliado en la posterior contienda armada, la Argentina, que se proponía desbaratar los planes norteamericanos mediante la organización de una comisión paralela a la de los Neutrales, integrada por los países limítrofes: Argentina, Brasil, Chile⁵ y Perú (ABCP).

Mientras tanto, la Comisión de Neutrales, reanudando sus esfuerzos, propuso a Bolivia y Paraguay terminar las hostilidades y someter sus disputas a un arbitraje cuyos términos permitirían solucionar el conflicto

5 La participación de Chile en relación al conflicto fue activa, hasta el punto de enviar combatientes, especialmente para reforzar el ejército boliviano, poniendo de esa forma en riesgo la neutralidad declarada, con lo cual esta se transformó, en palabras de Jeffs Castro, en una neutralidad “benévola” para con Bolivia. Esta actitud generó ataques despiadados por parte de la prensa paraguaya y rispideces con el gobierno de Asunción, llegando incluso al punto de retirar al Embajador chileno en dicha capital, Enrique Gallardo Nieto; en contrapartida, provocó inusitadas muestras de afecto en el país del Altiplano, cuya máxima expresión fue la propuesta de construcción de la “Gran Patria del Pacífico” mediante la fusión de Bolivia con Chile, lo cual implicaría un distanciamiento de este último respecto a la Argentina, algo a lo que la Cancillería chilena no estaba dispuesta (Jeffs Castro, 2004), máxime tras haber intentado una mediación conjunta con el país del Plata conocida como “Acta de Mendoza”.

englobándolo bajo las posiciones panamericanistas de Washington. Sin embargo, Saavedra Lamas maniobró hábilmente para contrarrestar esta iniciativa. En los siguientes términos se manifestó la diplomacia argentina:

esta cancillería no acompañará a la Comisión de Neutrales en ningún acto que, ultrapasando los límites de los buenos oficios y del influjo moral de la opinión de todo el continente, pudiera aproximarse a una intervención aunque ésta fuera meramente diplomática, por cuanto tal actitud sería contraria a las tradiciones y doctrinas argentinas (Conil Paz y Ferrari, 1964:41).

Así, invocando cuestiones principistas, Argentina logró contrarrestar este intento de los Neutrales por solucionar la cuestión. No obstante, dicha Comisión insistió y presentó sus propuestas finales el 15 de diciembre de 1932, con el apoyo de diecinueve países del continente. Dos días después, Paraguay rechazaba sus términos y retiraba a su representante en Washington. A su vez, la respuesta de Bolivia fue ambigua debido a sus planes de contraofensiva en marcha (Escudé, 2000). De esta manera, tras sus reiterados fracasos, la Comisión de Neutrales dio por finalizada su tarea, disolviéndose el 27 de junio de 1933, no sin antes endilgar, solapadamente, parte de la culpa de los mismos a la evidente falta de colaboración del país del Plata. La oposición argentina a los intentos norteamericanos había triunfado. De esta manera, el país del norte se desentendería (aunque no del todo) de las negociaciones en el Chaco, en parte también debido a otras motivaciones y otros puntos de interés de su política internacional.

Entretanto, Paraguay declaró oficialmente la guerra a Bolivia el 10 de mayo de 1933, lo cual obligó a los países vecinos a adoptar una postura al respecto. Si bien todos se declararon neutrales, la Argentina ejerció una neutralidad “benevolente hacia el Paraguay y estricta para Bolivia” (Rivarola, 1955:251-254) según palabras del propio Presidente Justo. Sin ir más lejos, la actitud del gobierno argentino de clausurar los puertos del río Pilcomayo, por los cuales Bolivia hacía frente a parte de sus necesidades de aprovisionamiento, fue tan solo uno de los ejemplos de la evidente parcialidad argentina, en tanto el Paraguay hacía uso del puerto de Buenos Aires y hasta de los ferrocarriles argentinos (Zook, 1962:207). En relación a este último punto, dice Dalla Corte: “líneas ferroviarias privadas (...) permitieron, durante la contienda de 1932 y 1935, la entrada de las tropas y de los víveres necesarios para sostener al ejército paraguayo”

(Dalla Corte, 2007:157). En este sentido, el propio Embajador del Paraguay en la Argentina, Vicente Rivarola, en carta del 16 de marzo de 1935 al Presidente de su país, Dr. Eusebio Ayala, destacaba la buena predisposición, tanto del Ministro de Guerra argentino como del Presidente de la petrolera estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), para aprovisionar al Paraguay con municiones y nafta y aceite, respectivamente (Rivarola Coello, 1982:296).

Otros autores van incluso más allá, llegando a afirmar que todo el trigo y el combustible consumidos por el ejército paraguayo durante los tres años de guerra le fueron facilitados gratuitamente por el gobierno argentino. Eso sin contar los numerosos préstamos en metálico y la venta de armas provenientes de los arsenales argentinos. Tan desembozada fue la colaboración argentina con el Paraguay que Francia y Gran Bretaña (sí, Gran Bretaña) advirtieron a Saavedra Lamas que denunciarían a su país ante la Sociedad de las Naciones por esta irregular situación, ante lo cual el Canciller argentino habló con el Presidente Justo y, a partir de entonces, si bien la ayuda al Paraguay continuó, al menos el gobierno argentino tuvo la delicadeza de cuidar más las formas.

Retomando el hilo central, cabría decir que si la disolución de la Comisión de Neutrales representó una victoria para la diplomacia argentina, esta sería aún más rotunda cuando los intentos de mediación encarados por la Sociedad de las Naciones resultaran infructuosos. Tal fracaso se debió, en parte, al rechazo paraguayo a la propuesta formulada por el organismo internacional, percibiendo tanto los miembros de la Sociedad de las Naciones como el gobierno norteamericano, detrás de esta decisión, las maniobras del Canciller argentino (Escudé, 2000). En definitiva, lo cierto es que una nueva instancia de mediación quedaba atrás y Buenos Aires aparecía, ahora sí en forma definitiva, como el centro donde persistían las últimas esperanzas para lograr un entendimiento pacífico.

Al quedar la cuestión en manos de Saavedra Lamas, este formuló una nueva propuesta de paz el 12 de julio de 1934, solicitando el apoyo de Brasil y Estados Unidos. Sin embargo, para sorpresa de todos, el Canciller argentino perdió rápidamente interés en su propia propuesta. Ubicados en una incómoda posición a partir de este giro, Brasil y Estados Unidos se retiraron del esfuerzo mediador (Escudé, 2000). Ahora bien, ¿a qué se debió este cambio de actitud por parte del ministro argentino? Una explicación plausible sería que el momento no era aún propicio para un

arreglo entre los beligerantes, pues las fuerzas paraguayas estaban en situación ofensiva y cualquier dilación implicaba mayor territorio para las autoridades de Asunción (Escudé, 2000). Así, la coyuntura de las acciones bélicas parecía marcar el ritmo de las negociaciones diplomáticas.

En este sentido, no resulta extraño que el grupo mediador se haya constituido precisamente en un momento en el cual, si bien la guerra estaba siendo todavía ampliamente ganada por Paraguay y se desarrollaba por completo en territorio boliviano, las fuerzas paraguayas (que, pese a todo, no habían podido alcanzar el control de la zona petrolífera) ya casi no disponían de hombres, armas, alimentos ni del dinero suficiente para adquirirlos. Eso explicaría la enorme diligencia argentina y las infatigables gestiones de su Canciller por conseguir cuanto antes la paz a partir de ese momento y no antes. Así, recién “el 11 de mayo (de 1935) quedó constituido en Buenos Aires el grupo mediador, bajo la presidencia del canciller Saavedra Lamas, y con representantes de Argentina, Estados Unidos, Brasil, Chile, Perú y Uruguay. El 26 de mayo se incorporaron el canciller del Paraguay, Luis A. Riart, y el de Bolivia, Tomás A. Elío” (Cardozo, 1965:143).

La acción de los mediadores fue expedita: el 12 de junio de 1935 se firmaron dos protocolos que disponían el fin de las hostilidades sobre la base de las posiciones alcanzadas por los respectivos ejércitos y la inmediata convocatoria a una Conferencia de Paz para la solución del diferendo (Cardozo, 1965:143). De esta manera, Argentina y Paraguay consiguieron, en un principio, que se reconocieran los territorios conquistados en combate por este último, pese a que esto contradecía la letra del Pacto Antibélico elaborado por el propio Canciller argentino. Al iniciarse las negociaciones de paz, pues, las perspectivas eran alentadoras para Paraguay, lo cual implicaba, a su vez, el triunfo de la diplomacia argentina. Pero la Conferencia de Paz, que comenzó el 1° de julio de 1935 presidida por Saavedra Lamas, demoraría largamente sus gestiones, provocando sucesivas modificaciones en la situación imperante.

Desde un principio, las negociaciones se vieron estancadas debido a las posturas extremas e inflexibles en materia de derechos territoriales que tanto paraguayos como bolivianos defendían. Ante este empantanamiento, se decidió dejar de lado de momento todo lo referido a esa cuestión y abordar el asunto de los prisioneros de guerra. Pero una vez solucionado este tema, las negociaciones avanzaron lentamente, y

más aún porque, en enero de 1936, se dieron los primeros cortocircuitos entre los, hasta ese momento, inseparables aliados: Argentina y Paraguay, producto de determinadas suspicacias del lado paraguayo en cuanto a cuestiones de límites con el país del Plata y a ciertas maniobras del ejército guaraní en zonas de frontera. En consecuencia, tal como transmite en carta fechada el 18 de enero de 1936 Vicente Rivarola a Eusebio Ayala, en una entrevista por él mantenida con el Ministro de Guerra argentino, este, luego de enumerar algunos de los auxilios prestados por Argentina al Paraguay durante la guerra, le manifestó: “mis sentimientos para su país y su gobierno no pueden ser los mismos, y, lo que es más, en el ejército argentino, en cuyo seno ha existido siempre la mejor amistad y los mejores sentimientos para el Paraguay, extrañado de la conducta de su país y de sus compatriotas, háse operado el mismo cambio” (Rivarola Coello, 1982:346). Fue este incidente, quizás, el comienzo del progresivo distanciamiento entre argentinos y paraguayos que, como se verá más adelante, redundó en la búsqueda de un cierto equilibrio en las negociaciones de paz evitando de ese modo que se viera favorecido exclusivamente el Paraguay.

Luego de este suceso, lo más destacable fue la reanudación de las relaciones diplomáticas entre Paraguay y Bolivia, en febrero de 1936. Poco realizó la Conferencia de Paz durante el resto de ese año debido a los cambios de gobierno en Paraguay (la llegada del coronel Rafael Franco en febrero) y en Bolivia (el golpe de Estado del coronel David Toro en mayo), por lo que buena parte del tiempo y energía de los miembros de aquélla fue dedicada a la cuestión del reconocimiento de los nuevos mandatarios. Durante todo el año 1937, la Conferencia continuó con el proceso de estancamiento, debido a la indiferencia pública tanto en Bolivia como en Paraguay y al cansancio de los delegados que la integraban. Mientras tanto, Saavedra Lamas condujo su estrategia de demorar el tratamiento de la cuestión territorial, que si bien inicialmente era coincidente con los intereses paraguayos, terminó por molestar a todos los miembros de la Conferencia, a lo que se sumaba la competencia entre los integrantes del grupo mediador, que entorpecía aún más las negociaciones. Al respecto, el ministro boliviano ante el gobierno argentino, Enrique Finot, comentaba: “Hay en la conferencia una pugna abierta de intereses entre los países mediadores y hasta incompatibilidades personales entre los delegados, agravadas por el carácter preponderante del canciller argentino” (Querejazu Calvo, 1965:467).

A lo que probablemente se refería Finot era a la manifiesta rivalidad existente entre el delegado de los Estados Unidos, Spruille Braden, y el Canciller argentino. De hecho, tal como asevera Rapoport, “en una autobiografía escrita por Braden, el ministro argentino es objeto de injurias, desprecios y calificativos varios –antinorteamericano, ególatra, vanidoso, ambicioso, estúpido e inepto, entre otras cosas– incluyendo una opinión negativa acerca de la obtención del Premio Nobel” (Rapoport, 2009). A esto hay que sumar el encono personal que el Secretario de Estado norteamericano, Cordell Hull, y el Canciller argentino se profesaban mutuamente. El primero consideraba a Saavedra Lamas como un “ ‘prominente e incorregible’ adversario de los Estados Unidos, al tiempo que el subsecretario Sumner Welles caracterizaba a la oligarquía argentina como un instrumento reaccionario de los intereses británicos” (Rapoport, 2009).

De esta manera, la rivalidad argentino-norteamericana parecía reavivarse. El propio Braden hacía referencia a la misma en su autobiografía de 1971 al señalar que “los argentinos se consideran ellos mismos como nuestros rivales por el liderazgo político de América latina. Ellos también aspiran a dominar militarmente el continente” (Rapoport, 2009). Tal era el espíritu, parece ser, con el cual el delegado estadounidense había viajado a la Argentina a dirimir el asunto chaqueño, lo cual, de más está decirlo, complicaba mucho cualquier posibilidad de entendimiento entre las partes mediadoras. Posteriormente, y para tornar aún más bochornosa la situación, Braden confiesa que “redactó en 48 horas, en julio de 1938, el documento paraguayo. Irritado con las soluciones propuestas, que consideraba perjudiciales para su país, el doctor Zubizarreta, jefe de la delegación del Paraguay, se negó a aceptarlas, lo que le valió su desplazamiento de la jefatura en una operación aparentemente digitada por el mismo Braden” (Rapoport, 2009).

Lógicamente, las proposiciones de Braden jamás serían favorables al Paraguay, dados los objetivos de su país en la Conferencia y sus estrechos vínculos personales con la petrolera Standard Oil. En el transcurso de las negociaciones, Braden intentó asegurar a dicha compañía la pervivencia de sus privilegios en el Chaco, procurando obtener por procedimientos diplomáticos lo que la guerra había negado a aquella. Pero sus gestiones fracasaron debido al movimiento revolucionario popular boliviano de 1937 (Fronidizi, 1954:391).

Lo destacable de esta situación a los fines de este trabajo es que, de ser verídica la versión de la propuesta de Braden a Zubizarreta a espaldas del Canciller argentino, resultaría útil para demostrar dos cosas. Por un lado, que los dichos del ministro Finot eran ciertos respecto a la rivalidad existente en el seno de los mediadores, ya que al estar la Conferencia de Paz presidida por Saavedra Lamas, esta propuesta elaborada unilateralmente por Braden, aunque rechazada, constituía una manifiesta intrusión en los quehaceres del Canciller argentino y un desafío a su investidura. Por otra parte, el hecho de que el representante norteamericano mantuviese reuniones secretas con el delegado paraguayo, tuviese la osadía de presentarle una solución, y hasta se atreviera impunemente a maniobrar para que el mismo fuese removido, quizás constituya una muestra del nuevo rumbo que estaban adquiriendo las relaciones paraguayo-estadounidenses, las cuales tenderían a estrecharse, con el correr de los años, en detrimento de los intereses argentinos.

Pues bien, luego de este prolongado impasse en las negociaciones oficiales, finalmente, en el año 1938 se produjo un quiebre, llegándose a una resolución del diferendo. Esto se debió, entre otras cosas, al alejamiento de Saavedra Lamas del Ministerio de Relaciones Exteriores argentino y su reemplazo por José María Cantilo, tras asumir Ortiz la Presidencia de la Nación. Acababa así lo que Quejerazu Calvo calificó como la “dictadura” de Saavedra Lamas en la Conferencia de Paz (Escudé, 2000).

Por ese entonces, el grupo de mediadores estaba ejerciendo una fuerte presión sobre Bolivia a fin de que dejara de lado su inflexible petición de un puerto sobre el río Paraguay. El nuevo representante boliviano ante la Conferencia, David Alvístegui, respondió a los delegados de los países mediadores:

Si ustedes entienden que deben llenar su cometido oponiendo obstáculos a la salida de Bolivia sobre el río Paraguay en vez de ayudarla a obtener esa salida, es preferible que, de una vez, hagan desaparecer a mi país del mapa. Ya fue encarcelado, hace tiempo, y desde entonces no vive, sino agoniza; por eso ha quedado rezagado en el camino del progreso (...) Es preferible que de una vez por todas convengan en el reparto de Bolivia entre sus vecinos (...) Los bolivianos no podemos seguir soportando el encarcelamiento (...) Si no se nos reconocen los más elementales atributos de vida preferimos desaparecer (Querejazu Calvo, 1965:468).

Tales palabras evidentemente estaban dirigidas a la conducción que la Argentina venía realizando en las gestiones de paz, puesto que fue este el único país que se pronunció abiertamente en contra de la entrega de un puerto a Bolivia sobre el río Paraguay. Esta posición boliviana, que hasta hacía poco tiempo atrás intentaba ser revertida por parte del grupo mediador, se vio fortalecida con la firma de un tratado de vinculación ferroviaria con Brasil. Así, la representación brasileña en la Conferencia de Paz, probablemente bajo la influencia norteamericana y cada vez más interesada en el petróleo boliviano, acabó por respaldar la petición de un puerto para Bolivia. Mientras tanto, durante los años que demoró la Conferencia en arribar a la solución definitiva, las autoridades de La Paz aprovecharon para entablar gestiones con Argentina, ofreciendo facilidades comerciales sobre la base de sus ricas minas de estaño y de su petróleo, lo cual fue progresivamente llevando al país anfitrión a interesarse por un acercamiento con el país del Altiplano (Figallo, 1998:265). Alarmado por esta situación y por los alcances de esta competencia argentino-brasileña por el petróleo boliviano, el delegado paraguayo Zubizarreta escribió a su gobierno: “el petróleo le ha servido a Bolivia a maravilla para ir creando intereses en algunos países representados en la conferencia y por ese camino se propone conquistar su voluntad en la cuestión del Chaco” (Querejazu Calvo, 1965:469). Es así como la tendencia dentro del grupo mediador se fue perfilando en favor de los intereses bolivianos o, al menos, de que existiese cierto equilibrio en la resolución final, más allá del completo triunfo militar paraguayo.

Finalmente, el 9 de julio de 1938 las delegaciones paraguaya y boliviana procedieron con los mediadores a firmar el proyecto de Tratado que estipulaba el arbitraje de los presidentes de las naciones mediadoras en las zonas en que no se había llegado a un acuerdo. Se consentía en entregar a Bolivia un territorio ocupado por Paraguay pues era para aquel país de una necesidad vital, además de un puerto franco en el río, en Casado, bajo la soberanía paraguaya (Solveira, 1995:265). El Tratado de Paz, Amistad y Límites definitivo entre Paraguay y Bolivia fue firmado el 21 de julio de 1938. En él se establecía la zona que sería sometida a arbitraje y se estipulaba el establecimiento de una Comisión Mixta que demarcaría la línea divisoria trazada por la sentencia arbitral (Escudé, 2000). Dicha comisión acabó su labor recientemente, en abril del año 2009.

El 10 de octubre de 1938 los árbitros trazaron la frontera definitiva entre Paraguay y Bolivia, con lo cual culminó el litigio sobre el Chaco Boreal. Tras el mismo, Paraguay confirmó su soberanía sobre el doble del territorio chaqueño que establecía cualquiera de los tratados de 1879, 1887, y 1894 (aunque esto representaba una superficie menor que la conquistada militarmente en el campo de batalla), mientras que Bolivia quedaba definitivamente excluida del litoral, si bien se le aseguraba libre tránsito y el mencionado puerto libre en la zona de Puerto Casado. La Conferencia de Paz se disolvió el 23 de enero de 1939, después de concertar la ayuda económica y financiera interamericana a los ex beligerantes (Cardozo, 1965:150).

La Argentina, los Estados Unidos y la configuración de poder regional tras la Guerra del Chaco: nuevas instancias de conflicto y preponderancia norteamericana.

Más allá de constituir las negociaciones por la paz del Chaco el foco central del presente estudio, y a fin de lograr una comprensión más acabada de todo este proceso por el dominio e influencia regionales que involucró a argentinos y estadounidenses, es necesario señalar que la rivalidad argentino-norteamericana rebasó los límites del enfrentamiento puntual analizado y continuó incluso después de terminado el conflicto, especialmente teniendo en cuenta el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la nueva actitud de neutralidad adoptada por la Argentina. En ese contexto, el gobierno de Washington, junto con los intereses mineros bolivianos que lo proveían, irían imponiendo la política internacional de Bolivia (Figallo, 1996), alejándola (y también al Paraguay) del neutral gobierno argentino (Figallo, 1998:267).

A todo este panorama habría que sumar la cuestión del petróleo, que venía de tiempo atrás. La Standard Oil, instalada en Bolivia, no solo era aborrecida por su competidor mundial, la Royal Dutch-Shell, sino también por la empresa petrolera estatal argentina, YPF, la cual se dedicó, bajo los gobiernos radicales y especialmente durante el período en que el General Enrique Mosconi fue su Director General (1922-1930), a entorpecer las labores del *trust* norteamericano en suelo argentino, negándole, por ejemplo, el tendido de un oleoducto desde Bolivia

alegando que no convenía a los intereses nacionales, ni al estado moral ni a la capacidad económica, técnica e industrial del país (Mosconi, 1983:196-198). Pero YPF fue incluso más allá, cuestionando también la actuación de la Standard en territorio boliviano.

La petrolera estatal argentina comenzó a bregar, ya concluida la Guerra del Chaco, en pos de que el país del Altiplano controlase su propia producción de petróleo, lo cual derivó en la firma de tratados de vinculación ferroviaria y venta del hidrocarburo entre Bolivia y la Argentina. En respuesta, el Embajador norteamericano en este país se interpuso a fin de evitar la aprobación de los convenios (Almaráz, 1958:125). Para ese entonces la posición boliviana era totalmente ambivalente (¿pragmática?), oscilando entre un mayor acercamiento a la Argentina o a los Estados Unidos, según lo ameritaran las circunstancias.

Mientras tanto, tal como afirma Figallo,

Crecía en la opinión pública boliviana una reacción contra la política de “entrega” a los Estados Unidos, que iba ganando terreno a través de la prédica del grupo parlamentario del MNR;⁶ (...) más inclinados a propiciar una política de acercamiento a la Argentina (...) (sin embargo) Enajenado a los intereses de Washington, el gobierno de Peñaranda decepcionaba a la Argentina. (...) ninguna de las compañías bolivianas que tenían compromisos con Estados Unidos podrían vender estaño a la Argentina: coincide esta actitud, con la expresión del Cónsul general norteamericano en Bolivia, quien (...) habría expresado en una conversación “Para la Argentina nada” (Figallo, 1996).

Pero el hecho paradigmático que marcó un hito en la rivalidad argentino-norteamericana en Bolivia en los años post-Chaco fue el de la revolución del 20 de diciembre de 1943 en el país del Altiplano, la cual despertó fuertes suspicacias en el Departamento de Estado, que afirmaba la existencia de una decisiva intervención argentina con intenciones expansivas en la región (Figallo, 1996). El golpe militar instaló en la presidencia al Mayor Gualberto Villarroel, a quien “el gobierno norteamericano demoró seis meses su reconocimiento, acusando a los golpistas de fascistas y al movimiento inspirado por las condenables autoridades de Buenos Aires” (Gaggero, Farro y Mantiñan, 2006:214).

6 Movimiento Nacional Revolucionario, agrupación político-militar promotora de la llegada de Villarroel al gobierno de Bolivia tras derrocar a Peñaranda.

Por su parte, en Chile, algunos diarios hablaban de un complot destinado a privar a los Estados Unidos de los productos del subsuelo boliviano indicando a la Argentina como la responsable. “El Siglo”, órgano del Partido Comunista Chileno, informaba que Perón, por entonces Secretario de Trabajo argentino, alardeaba de ser el instigador del golpe de Estado en Bolivia. Otras versiones señalaban las conexiones de Paz Estenssoro⁷ con el Club del Plata, una entidad nacionalista de Buenos Aires que propiciaba la consolidación de un bloque anti-norteamericano y anti-brasileño (Figallo, 1996).

Una vez más aparece, explícita, la idea de las rivalidades existentes entre la Argentina con el Brasil y con los Estados Unidos. Más allá de las especulaciones, lo cierto es que Buenos Aires reconoció al gobierno de Villarroel el 3 de enero de 1944. Asimismo, el nuevo gobierno boliviano (y también el paraguayo) optaron por desconocer las indicaciones del Departamento de Estado norteamericano y reconocieron al gabinete presidido por el nuevo Presidente argentino, el General Edelmiro Farrell (Figallo, 1996). Pero sería solo un efímero triunfo argentino. Bolivia, aislada en la práctica, no podía resistir una política independiente. Los principales hombres del MNR debieron abandonar sus cargos en el gabinete como condición exigida para el reconocimiento del gobierno. Con la progresiva eliminación del mismo de todos los elementos vinculados a Argentina, los Estados Unidos acabaron triunfando en esa sorda disputa librada entre estos dos países por el control político y económico boliviano. Y, encolumnado detrás de los Estados Unidos, Brasil sacaría rédito de la situación a partir de lograr un acercamiento cada vez más profundo con el país del Altiplano. El Paraguay, como se ha dicho, gradualmente fue también abandonando la esfera de influencia argentina y acercándose más al Brasil y a los Estados Unidos, lo cual se vio consolidado con la llegada de Stroessner al poder años más tarde. Así, luego de la Guerra del Chaco y, especialmente, tras la Segunda Guerra Mundial, la recuperación por parte de la Argentina de su influencia preponderante tanto en Bolivia como en el Paraguay, sería una quimera jamás concretada.

7 Diputado boliviano que apoyó el movimiento revolucionario de diciembre del '43.

Conclusiones

La Guerra del Chaco, su desarrollo (1932-1935), y en especial las alternativas en torno a las negociaciones de paz en Buenos Aires entre 1935 y 1938, constituyeron posiblemente el último (o anteúltimo si consideramos los posteriores desentendimientos en torno a la Segunda Guerra Mundial) gran enfrentamiento político y diplomático entre Argentina y Estados Unidos, países estos que para ese entonces acarreaban ya una prolongada rivalidad por el predominio, si no hemisférico, al menos en el Cono Sur.

En la postura argentina en torno a la cuestión chaqueña predominó siempre la tendencia, a veces expresa, a veces tácita, a colaborar con la causa del Paraguay, sempiterno aliado regional y vecino en el cual residían muchas de sus inversiones más importantes, al igual que algunas de las de su principal socio comercial, Gran Bretaña, el cual por ese entonces aún competía por la hegemonía mundial con los ascendientes Estados Unidos, país que por tradición histórica tenía una manifiesta afinidad con el Brasil y, por intereses allí instalados, una gran influencia en Bolivia. De esta manera quedaron alineados los bloques en pugna de cara a las negociaciones de paz (aunque la excesiva prolongación de las mismas derivaría en la modificación parcial de tales alineamientos), las cuales fueron lideradas por el Canciller argentino Carlos Saavedra Lamas, tras desembarazarse de reiterados intentos norteamericanos por ser los mentores de la paz.

Más allá de que tal liderazgo en las negociaciones de paz permitió a Saavedra Lamas la consecución del Premio Nobel de la Paz y a la Argentina elevar su prestigio internacional, ésta no pudo finalmente alcanzar el principal objetivo que la motivó a participar activamente en la resolución de la Guerra del Chaco, puesto que, tras la misma, tanto Paraguay como Bolivia fueron alejándose de la Argentina e ingresando paulatinamente en la esfera de influencia de sus dos principales rivales en el hemisferio: los Estados Unidos y el Brasil.

Bibliografía.

- Almaráz, Sergio. *Petróleo en Bolivia*. La Paz, Juventud, 1958.
- Bethell, Leslie (Ed.). *Historia de América Latina*. Tomo X. Madrid, Alianza Editorial, 2000.
- Cardozo, Efraím. *Breve historia del Paraguay*. Buenos Aires, Eudeba, 1965.
- Conil Paz, Alberto, y Ferrari, Gustavo. *Política exterior argentina 1930-1952*. Buenos Aires, Huemul, 1964
- Dalla Corte, Gabriela. “La construcción de la región del Gran Chaco más allá de la Nación: mensuras, conflictos de límites e intereses empresariales (1870-1932)”, en García Jordán, Pilar (Ed.), *Estado, región y poder local en América Latina, Siglos XIX y XX*. Barcelona, Universitat de Barcelona, 2007: 155-204.
- Escudé, Carlos. *Historia General de las Relaciones Exteriores de la República Argentina*, en <http://www.cema.edu.ar/ceieg/arg-rree/9/9-047.htm>, 2000. Consultada el 23 de agosto de 2009.
- Figallo, Beatriz. “Bolivia y la Argentina: los conflictos regionales durante la Segunda Guerra Mundial”. *Revista de Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* 7 (Tel Aviv, 1996): s/p en http://www.tau.ac.il/eial/VII_1/figallo.htm Consultada el 18 de abril de 2010.
- Figallo, Beatriz. “La Argentina frente a la rivalidad boliviano-paraguaya. Relaciones internacionales y estrategias económicas, 1920-1945”, en Alzola, Nilsa y Cvitanovic, Dinko (comp.) *La Argentina y el mundo del siglo XX. Actas de las Jornadas Internacionales Bahía Blanca, 12 al 14 de noviembre de 1997*. Bahía Blanca, Centro de Estudios del Siglo XX-Centro de Estudios Hispánicos, 1998: 260-269.
- Fronzizi, Arturo. *Petróleo y política*. Buenos Aires, Raigal, 1954.
- Gaggero, Horacio; Farro, Alicia y Mantiñan, Silvia. *Historia de América en los siglos XIX y XX*. Buenos Aires, Aique, 2006.
- Halperín Donghi, Tulio. *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid, Alianza, 1980.
- Hernández, Juan Luis. “La internacional comunista y la Guerra del Chaco”, en Guevara, Gustavo y Hernández, Juan Luis (comp.), *La guerra como filigrana de la América Latina contemporánea*. Buenos Aires, Dunken, 2004: 133-155.
- Jeffs Castro, Leonardo. “Combatientes e instructores militares chilenos en la Guerra del Chaco”, *Universum* 19 (Talca, 2004): 58-85.
- Levene, Ricardo. *Historia de América Tomos X y XI*. Buenos Aires, Jackson, 1949.

- Mayo, Carlos; Andino, Osvaldo y García Molina, Fernando. *La diplomacia del petróleo: 1916-1930*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.
- Mosconi, Enrique. *El petróleo argentino 1922-1930 y la ruptura de los trust petrolíferos inglés y norteamericano el 1º de agosto de 1929*. Buenos Aires, Círculo Militar, 1983.
- Querejazu Calvo, Roberto, *Masamaclay. Historia política, diplomática y militar de la Guerra del Chaco*. La Paz, Novedades, 1965.
- Quesada, María Sáenz. *La Argentina, historia del país y de su gente*. Buenos Aires, Sudamericana, 2001.
- Rapoport, Mario. *¿Aliados o neutrales? La Argentina frente a la Segunda Guerra Mundial*. Buenos Aires, Eudeba, 1988.
- Rapoport, Mario, *Braden y la guerra del Chaco*. En <http://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-124105-2009-04-29.html>, edición virtual del diario Página 12 del miércoles 29 de abril de 2009. Consultada el 12 de marzo de 2013.
- Rapoport, Mario; Madrid, Eduardo; Musacchio, Andrés y Vicente, Ricardo. *Historia Económica, política y social de la Argentina -1880-2000-*. Buenos Aires, Macchi, 2000.
- Rapoport, Mario y Spiguel, Claudio. *Política exterior argentina. Poder y conflictos internos (1880-2001)*. Buenos Aires, Capital Intelectual, 2005.
- Rivarola, Vicente. *Memorias Diplomáticas*, Volumen II. Buenos Aires, Ayacucho, 1955.
- Rivarola Coello, Vicente. *Cartas diplomáticas. Eusebio Ayala. Vicente Rivarola. Guerra del Chaco*, Buenos Aires, s/d, 1982.
- Solveira, Beatriz. *Las relaciones argentino-paraguayas a comienzos del siglo XX*. Córdoba, Centro de Estudios Históricos, 1995.
- Zook, David. *La conducción de la Guerra del Chaco*. Buenos Aires, Círculo Militar, 1962.

RECIBIDO: 10-01-2003 • APROBADO: 15-05-2013

Datos de los autores: Lic. Maximiliano Zuccarino es miembro de la planta estable del Centro de Estudios Interdisciplinarios en Problemáticas Internacionales y Locales (CEIPIL), Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, Argentina; y becario de postgrado Tipo I por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Licenciado en Relaciones Internacionales. Correo electrónico: maximiliano-zuccarino@yahoo.com Prof. Gerardo Ariel Vilar, integrante del grupo de investigación “*Grupo de Análisis Político*”, perteneciente a la Secretaría de Investigación y Posgrado de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata, Provincia de Buenos Aires, Argentina. Profesor en Historia. Correo electrónico: ge.vilar@hotmail.com

